

COMENTARIO DE GONZALO PORTOCARRERO

Antes de hacer un comentario sobre la ponencia de Alvaro Rey de Castro me voy a limitar a hacer algunas apreciaciones en torno a por qué y cómo surge el interés por el mundo interior, por lo subjetivo, en el campo de las Ciencias Sociales. Voy a empezar exponiendo los modelos, los paradigmas de análisis más o menos implícitos en las Ciencias Sociales, tratando de ver cómo a partir de su insuficiencia frente a los hechos nuevos aparece la conveniencia de este diálogo con el psicoanálisis.

Para poder caracterizar estos modelos creo que lo más conveniente es tratar de analizar cuál es la imagen del comportamiento humano y también del hombre implícita en ellos. También es necesario examinar qué se prioriza a partir de esta imagen de comportamiento como tema central para la investigación en Ciencias Sociales.

Hay un primer modelo caracterizado por una visión del comportamiento humano muy simple y muy esquemática en la cual se dice que el comportamiento depende por entero de las circunstancias que lo rodean de manera que conocido el estímulo ya se sabe la respuesta. En el límite el mundo subjetivo es negado o, por lo menos, es negado como algo pertinente, como algo que tenga efectos distinguibles, de manera que el peso del análisis va hacia el contexto social, hacia la reconstrucción de las circunstancias. La imagen del hombre que está detrás de este esquema, fue acuñada por el liberalismo inglés del siglo XVIII, concretamente por Bentham, quien presenta a un hombre que se mueve en función de maximizar su felicidad, de aumentar su utilidad y que pone en juego todas sus energías, inclusive su razón para llegar a este fin.

Esta imagen del hombre –digamos como una máquina de buscar placer y producir riqueza– está también presente, por ejemplo, en el Marx de *El Capital*, no en toda la obra de Marx pero sí en concreto en *El Capital*. A partir de esta imagen del comportamiento, y esta imagen del hombre, se privilegian ciertos campos de estudio, especialmente la economía. Se busca analizar las estructuras especialmente las económicas. En cambio todo lo que es el análisis político y lo que es el análisis ideológico aparece devaluado. Este paradigma sigue funcionando y yo creo que es el dominante a nivel de la masa de los científicos sociales, inclusive no solamente de ellos si no de un importante sector de la población, la más consciente políticamente. Este paradigma tenía dos consecuencias centrales. Una de ellas era que con la crisis económica se iba a llegar a una radicalización ideo-política. La otra consecuencia es que conocidas las estructuras económicas podría derivarse con toda necesidad el análisis de proceso político. La relación entre lo que era la eco-

nomía y la política era reconstruída a través de la categoría representación. Lo clave en el análisis político era entonces determinar qué actor político representa qué tipo de interés económico y una vez hecho ésto el proceso político ya no tenía interés, ya la clave de él estaba debidamente examinada.

Ahora yo creo que la crisis de este modelo, hacia los años 75-76, tiene que ver mucho con la impredecibilidad de la política, con el hecho de que a pesar de manejarse algunas tendencias estructurales no se podía predecir adecuadamente lo que habría que pasar en la política. Esto hace que este modelo muy simple del comportamiento y de lo que es el hombre sea sustituido por otro modelo cuya influencia creciente tiene estrecha relación con la difusión de los escritos de Gramsci.

Este nuevo modelo implica la recuperación de dos dimensiones olvidadas en el anterior, que son la conciencia en primer lugar y en segundo lugar la libertad. Se plantea pues de que entre las circunstancias y los comportamientos hay esa doble mediación. Es en la conciencia donde el hombre conoce sus circunstancias y se propone metas. La conciencia no es un reflejo sino una realidad específica. La libertad significa que hay siempre un margen de opción y que ese margen necesita ser estudiado y explicado.

Este tipo de modelo lleva a una visión más compleja del ser humano. También lleva a priorizar una serie de líneas de trabajo que no estaban contempladas en el modelo anterior. A nivel de la conciencia comienza a estudiarse con más seriedad la historia de las ideas, especialmente la historia de las ideas políticas. Pero no solamente la Historia de las ideas como creaciones individuales, sino también comienza a tomar cierto auge el estudio de las mentalidades. Esto es de los lugares comunes, de las formas colectivas de pensar. La reivindicación de la libertad del actor político lleva al análisis de coyuntura que comienza a tomar importancia en las Ciencias Sociales a partir precisamente de esos años. El análisis del tiempo corto es importante en tanto existe un margen de libertad que hay que explicar en la forma cómo aparece a los actores, ésto es los dilemas tales como son vividos y pensados.

Sin embargo este esquema, a pesar de ser mucho más complejo, más rico y más sofisticado que el anterior, también sino entra en crisis por lo menos no resuelve una serie de incertidumbres. Estas incertidumbres están referidas a circunstancias muy concretas en el país. Quizás el año 83 sea un año decisivo. Es el año que la crisis se manifiesta en toda su extensión, en toda su intensidad, cuando aparecen una serie de comportamientos que se hacen difíciles de estudiar con este mismo esquema. Me estoy refiriendo en concreto al problema de la violencia, especialmente cuando ella es más que un instrumento, cuando tiene connotaciones sádicas. Este esquema apa-

rece como insuficiente para explicar este tipo de conductas que se hacen muy visibles en el año 83 con el terrorismo y la guerra sucia.

Es necesario ir más allá de las explicaciones del tipo sociológico como, por ejemplo: a más miseria, más violencia, puesto que se hacen insuficientes. Sería necesario penetrar un poco en la subjetividad de los actores a fin de dar cuenta de estos comportamientos supuestamente anómalos, que no pueden reducirse a meras patologías individuales como si fueran resultado de historias personales desafortunadas. Hay un trasfondo social en todo ésto, y es ese trasfondo social el que hay que estudiar en tanto es internalizado y convertido en mundo subjetivo.

Entonces surge la conveniencia de ligar las Ciencias Sociales con el Psicoanálisis. Especialmente creo yo, más que con el método con la teoría psicoanalítica. La teoría psicoanalítica da la posibilidad para los científicos sociales de tener una visión un tanto más compleja y quizás más real de lo que es el ser humano. De la vida como intento de compatibilizar los instintos, la naturaleza que somos, con la cultura. Entonces, creo que es esta posibilidad, esta promesa la que de alguna manera está detrás del interés que suscita el diálogo con el Psicoanálisis y el concepto de convergencia es el de inconsciente social. Tomado no en un sentido realista sino en uno nominalista; ésto es fijándose en cómo patrones de crianza fundamentalmente parecidos, condiciones de vida parecidas, dan por resultado inconscientes también parecidos. Y eso también tiene que ver con una cosa que acaba de mencionar Alberto Flores; que la sociedad peruana es una sociedad que de alguna manera incita a ese tipo de aproximaciones. Una sociedad en la cual las cosas no son como aparecen o deberían ser y ésto es bastante evidente. Me acuerdo en estos momentos de un libro de historia moral y cívica de la década del 30, donde después de afirmar que en el Perú todos somos iguales, que la renovación de gobierno es cada 6 años, en fin después de exponer todo lo que debería ser; en la parte final, como una especie de advertencia al maestro, se le dice que se espera que tenga la sagacidad suficiente como para poder explicar a sus alumnos por qué las cosas no son como se dicen.

Yo creo que las circunstancias de crisis que vivimos (la crisis social es también una multitud de crisis individuales) y esta peculiar característica de la sociedad peruana, invitan a pensar la posibilidad de esta convergencia.